

Centenario de Rómulo Gallegos

EL ORDEN COMO EXISTENCIA

Joaquín Marta Sosa

De eso hace ya muchos años. Casi cuarenta. Yo vivía en una larga y bulliosa casa de vecindad. En cada cuarto habitaba una familia y en todas las radios se encendían como a las 3 de la tarde. Comenzaban los debates de la Constituyente, radiados en vivo y directo (como reza la jerga de hoy). Y el bullicio era desplazado por una voz única que salía de todos los cuartos diciendo lo mismo. Y en toda Sarría era igual. Un tiempo después la plazoleta, que era nuestro campo de beisbol, se convirtió en tribuna de mítines. Iban a elegir Presidente. Y allí nos instalábamos después de la partida de pelota a esperar al gentío y a los discursadores. Un día fue Caldera y aquello terminó a pedrada y botellazo limpio. Como dos días después estaba anunciado otro y mi padre me ordenó que al terminar la partida me metiera en el cuarto. Pero qué va: ahí me puse en el tumulto y llegué otra vez a la plazoleta. Esta vez estaban todos los del barrio. El que habló al final era muy alto y fuerte, tenía una voz sólida de bajo y hablaba bien fino y aquello se derritió en aplausos. Después nos fuimos con esa gentarada hasta El Silencio. Cuando regresamos en la madrugada, hubo peleas como en catorce cuartos de la casa. El ardor de las nalgas sólo se calmó cuando supimos que aquel gigantote, culpable de la desobediencia, era ya Presidente. Se llamaba Rómulo Gallegos (lo supe por la radio) y se iba a vivir a ese mítico palacio, el de Miraflores, que quedaba como en el medio de esa carretera sin límites, que unía a Petare con Catia, y que no se podía recorrer sino en autobús durante las vacaciones y costaba como un bolo. Pero Gallegos la podía recorrer cuando quisiese porque tenía carro con chofer y un motorizado que se ponía adelante.

Desde ese lejano tiempo he asociado siempre a Gallegos con el poder, la capacidad de convocatoria a la gente común, la pasión por mejorar al país (lo que todavía no puedo explicarme es por qué me hice copeyano, teniendo en cuenta esta experiencia que me marcó

con intensidad y que debió llevarme más bien hacia AD). Y cuando Pérez Jimenez, mi deseo mayor fue poder leerme todo lo de Gallegos. Pero era caro para los magros bolsillos de la casa. Tres bolívares costaba Doña Bárbara en Austral. Y eso era lo que tenía para toda la semana (pagar autobús y algún refresquito). Pero Dios ayuda. En el colegio abrieron un concurso de poesía y me lo gané. Pedí como premio las obras completas de Gallegos. El Colegio casi se arruina pero me las dieron. Todavía las tengo. Es esa edición en biblia de Lex, publicada en La Habana en 1949. Y me la manduqué completa en esas vacaciones. Desde entonces empecé a cometer literatura. Es así como, para mí, Gallegos también está asociado al arte literario como desde antes lo estaba al poder. Todo un para-

ser educado por los maestros. El factor educación era decisivo. Ello permitiría mejores condiciones para la vida política, clave del orden. Organizar las discrepancias de las corrientes de opinión dentro y mediante los partidos, y sujetarse en todo a los límites estrictos de las leyes. Educación, partidos, legalidad. Esta es la trinidad de un orden que aniquile el analfabetismo, el caudillaje y la arbitrariedad. La hermosa utopía del ciudadano igual articulado en relaciones de rígida observancia legalista. Todo ello posible si los que estaban obligados al magisterio (líderes, maestros) se ubican sin mezquindades ni dudas al servicio de lo colectivo y sus necesidades, como ideal rector. Es así como en Gallegos la función de la lengua es (siguiendo a Simón Rodríguez) pintar ideas. Y que esa

Me dio tristeza por lo que eso significa de desleimiento histórico, inconsciente pero fuerte. Yo creo que Gallegos está más allá, mucho más allá, del fastidio, lo pavoso, las polillas del museo.

digma pues. Y creo que para casi toda mi generación. El otro día me invitaron a un foro sobre el intelectual y el poder. "Tú sabes, chico, por lo de Gallegos. Un fastidio, pero hay que hacerlo". Me dio tristeza por lo que eso significa de desleimiento histórico, inconsciente pero fuerte. Yo creo que Gallegos está más allá, mucho más allá, del fastidio, lo pavoso, las polillas del museo. Veamos.

"SOY SIMPLEMENTE UN CIUDADANO VENEZOLANO"

Pero, desde luego, no un ciudadano de simplezas. Ni siquiera si lo releemos hoy para nuestro contexto. Su credo ordenador de la nueva sociedad venezolana, la que debía modernizarse según el siglo, era claro y sencillo y, al mismo tiempo, complejo en términos reales. Es decir, era un credo conflictivo incluso en lo meramente doctrinario. Hoy nos parece obvio, al menos en ese aspecto, pero a pesar de ello en mucho carece de realización práctica y orgánica en la vida social cotidiana. El pueblo debía

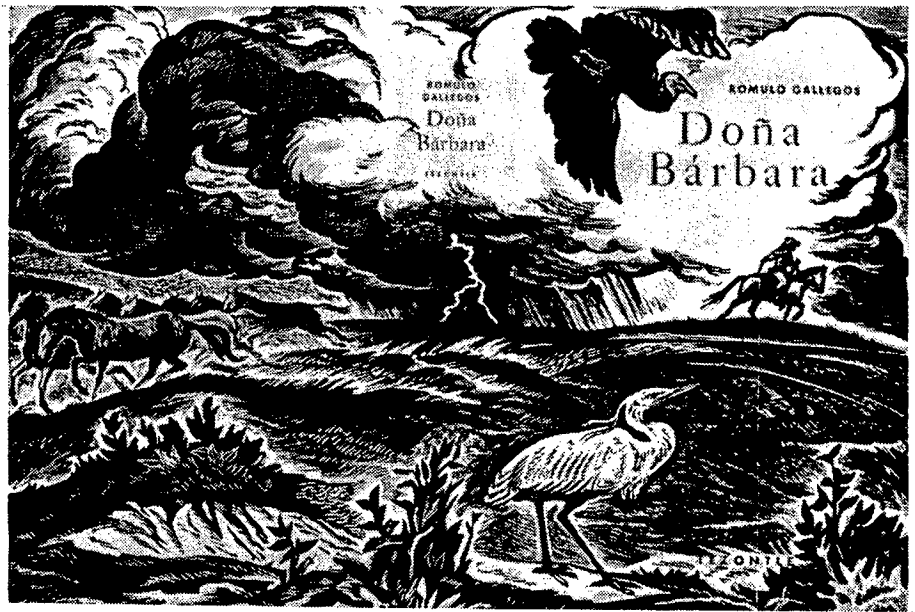
pintura sea seductora por su poder de realidad y su capacidad de convocatoria es lo esencial. De esta manera, Gallegos se incluye entre esa interesante gama de intelectuales para quienes su trabajo es una suerte de microfísica del poder que, de modo directo u oblicuo, aspira a la inserción (e incluso participación) en la macrofísica del poder, el Estado y su orientación política. Así, la escritura galleguiana, tanto la narrativa como la conceptual, se revela como un intento interesante para construir una relación vicaria con el poder. Mediación, implicidad, ocultamiento inconsciente. De cualquier manera lo que revela fuera de sí esa escritura es una relación con el poder, distinta a la crítica (que, no obstante, Vargas Llosa sostuvo —tan convencionalmente— como la natural e indispensable cuando recibió el premio galleguiano). Más bien en la interacción con el poder Gallegos superaba la crítica como destrucción y la apología como dominación. Se ubicaba en una suerte de vinculación que llamaríamos de resistencia: el poder para resistir las revueltas y embates del pasado. Se trataba, como se sabe, de modernizar a la nación de una manera irreversible.

Desde ese lejano tiempo he asociado siempre a Gallegos con el poder, la capacidad de convocatoria a la gente común, la pasión por mejorar al país.

"INCLINADO A LAS FORMAS DE CONCILIACION"

Ese que como simple ciudadano aspiraba y postulaba la positiva modernización de Venezuela, era un hombre de espíritu y tonalidad conservadoras, poco dado a los enfrentamientos y conflictos. Ello, unido a su ideal de modernidad, lo dotó de una áspera rigurosidad, al punto de que tantas veces (en la vida y en la obra) la deseada aspiración asumía la dureza de lo real y lo hacía inflexible, poco hábil para la negociación. Muy útil como ética simbólica, de poco le sirvió como técnica política. A la postre, sin embargo, le dio un invalorable carácter emblemático a su biografía intelectual y socio-política. Y, desde luego, este tipo de presencia es para los pueblos tanto un recurso de resistencia como una fuerza de identificación para avanzar. Siempre y cuando el emblema no se convierta en congelado paradigma donde el significado de lo galleguiano se presente como doctrina, código, y se anule en lo que pueda tener de vivificante como valor general sometido a distintas lecturas posibles y legítimas según se modifiquen los contextos históricos. "Esa especie de cáncer de la política venezolana: el peculado"; "no puedo ni debo aceptar imposiciones"; "la dignidad del poder civil". ¿Qué significan ahora ante la conversión del peculado en corrupción, frente a esos importantes grados de inconsecuencia del poder civil, retado por una sociedad donde los poderes legales no pueden funcionar fuera de la articulación de importantes consensos, necesarios en una sociedad tan múltiple y, aun, desagregada? De toda cosa o ser emana poder (nos dice Eugenio Trías). Y de Gallegos y su obra emana, sin duda, una determinada sustancia y forma de poder. Es el poder de la palabra y la palabra como poder, en el más antiguo y religioso sentido de la materia. Ese intelectual, víctima del poder por marginado o solicitado como cómplice (el exilio o la senaturfa obsequiada), puede, a pesar de todo, exorcizar, condenar, aniquilar el poder que lo victima. De allí la voz, el discurso, la página: propósitos de ordenamiento civilizado frente al des-orden precivilizatorio. Cuando Canetti establece la diferencia entre el rico (colecciona dinero), el famoso (colecciona coros), el poderoso

Y de Gallegos y su obra emana, sin duda, una determinada sustancia y forma de poder. Es el poder de la palabra y la palabra como poder, en el más antiguo y religioso sentido de la materia.



(colecciona hombres), se le olvidó decir, me parece, que el intelectual moderno (con pocas excepciones) quisiera simultáneamente lograr la triple colección. Y creo que Gallegos era, en tal sentido, poco moderno. Su aspiración pudo reducirse a "coleccionar" hombres para disciplinarlos en el sentido de un orden y de su capacidad de resistencia al desordenamiento. Y en ese contexto la conciliación era tanto principio como finalidad: "vaya el vencido sin menoscabo de su dignidad, ni claudicación de su doctrina, a ofrecer al vencedor su cooperación desinteresada en obsequio de la pa-

dad de organización, pensamiento y expresión). Y esto sería la causa eficiente para la alfabetización, la dotación de agua y la protección de la salud de las gentes venezolanas. Esas eran las líneas (tan esquemáticas y primarias desde la perspectiva de hoy) que dividieron en dos al país. Bandos enredados en una pugna que fue sectaria, rencorosa, sin concesiones ni conciliación posible. Y allí se enclavó la paradoja galleguiana: propuso la conciliación y el nuevo orden sobre bases que suponían tal discontinuidad y ruptura (ubiquémonos casi medio siglo atrás) que inevitablemente

Se ubicaba en una suerte de vinculación que llamaríamos de resistencia: el poder para resistir las revueltas y embates del pasado. Se trataba, como se sabe, de modernizar a la nación de una manera irreversible.

tria" (se trataba, claro está, del vencido en la contienda cívica del sufragio).

"TUVE LA FORTUNA DE SER ESCOGIDO POR LA MEJOR DE ELLAS"

Y el sufragio libre era el principio de la civilización, el instrumento conciliador, ordenador. El conjunto de heterogeneidades sociales y políticas (clases, grupos, ideologías, partidos, intereses, tradiciones) debían inmovilizarse, anularse y ser desplazados de la vida venezolana por virtud y fuerza de las elecciones libres y su infraestructura liberal (liber-

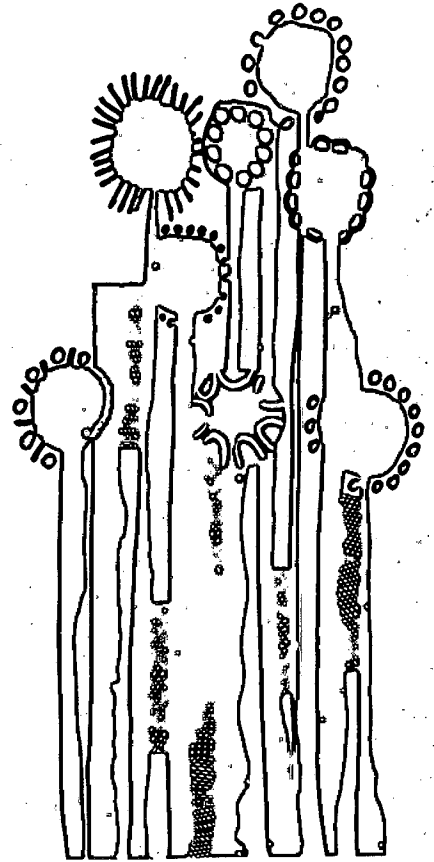
el vencido no daría pie a la generosidad del vencedor, ni éste estaría dispuesto a ella. Tan duro y diferenciador era el combate que la visión galleguiana de la lucha social casi no superó el mecanismo positivista: "sendos instrumentos de ideas contrapuestas, yo tuve la fortuna de ser escogido por la mejor de ellas". Con todo lo que de religiosidad primaria había de implícito en tal concepción: instrumento de fuerzas supremas de la física social donde el azar ubica a los contendores en un terreno que se les otorga al margen de su conciencia originaria. Y a partir de allí, escogido por la mejor (modernización) y enfrentado a la peor (incivilidad), la voluntad indoblegable de ser digno de la escogencia hacía lo demás. En todo caso, para el triunfo no había recurso distinto a

movilizar la propia voluntad, convocando a la del prójimo para un acto de casi filial obligación: "la buena sustancia del dolor del pueblo venezolano que aquí nos reúne". Porque, finalmente, la tarea colectiva se realiza en esa suerte de integración individualizadora del esfuerzo en una sola y misma dirección: enseñar a cada uno a hacer lo propio, aquello que le corresponde. De allí sufragio, orden y su secuela de macro y microfísica social integradoras y civilizantes. Es aquí donde Gallegos se nos revela más crudamente en la tragedia persistente del intelectual. El poder del pensamiento que reconstruye la convivencia humana, que tensa sus líneas indispensables de armonía para el progreso, hace que el mundo del constructor (engendrado en el intelecto) tenga tanta fuerza de identidad y persuasión que todo límite o valla exterior se diluyen (pero, claro, siguen siendo una potente presencia aunque la idealidad la oculte). La revelación literal del intelecto se convirtió en Gallegos en una acción sin esguinces (que era su potencia) pero sin ninguna capacidad negociadora (que terminó siendo su debilidad). Sobre-privilegiaba la eticidad por encima de las condiciones concretas. Y para los de su genera-

soluble con los principios (hasta convertirlo todo en cuestión de principios). Lo que hubo y hay en ello de enriquecedor y necesario no se perderá. Así mismo, lo que el moralismo oculta de inflexibilidad e imposibilidad para comprender lo complejo de los procesos sociales, también debe ser entendido.

¿SE TRATABA DE UN PRESTAMO?

Se discute, y todavía con vehemencia, si Gallegos fue un intelectual (en el sentido de, principalmente, un escritor) o un político. Y aquí hay para todo. Gallegos le escribió a Otero Silva: "Y basta ya de calificarme de genial escritor, máximo novelista, nombre continental... soy simplemente un ciudadano venezolano que está dando una pelea por un ideal democrático". Pero también dirá: "Fue un préstamo de la literatura a la política concertado a sabiendas de que nadie se trataba de engañar". En esta relación galleguiana entre escritura y poder (intelectual y política) no hubo préstamo alguno. En una sociedad tan absolutamente pre-moderna (al punto de que alguien dijo que entramos al siglo XX con treinta años de atraso) y, por tanto, tan indiferenciada, el intelectual era, sin duda, la punta crítica de la



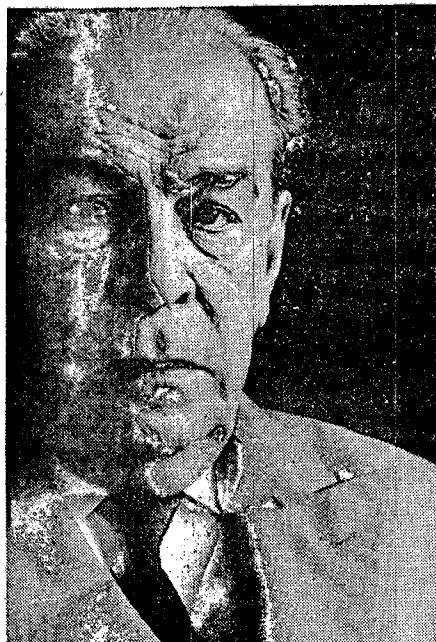
vencia y el progreso, que resistiese toda involución (la gran amenaza, el enorme peligro todavía no conjurado plenamente). Es la utopía de la sociedad justa en los términos de más de medio siglo atrás. Pero se salvó del utopismo tratando de darle a la fuerza esquemática de sus ideas un lugar: Venezuela tal y como era, un partido como energía civilizadora, una presidencia que domeñase y conciliase, una voz enseñando una dignidad ordenada e inflexible. Hemos perdido de él (en parte al menos) lo que tenía de viejo, caballero caraqueño que empeñaba la palabra sin atenerse a costos. Hemos perdido de él la inocencia frente a los retos sociales. Y en esas pérdidas está lo que nos dio como ganancia para recuperarlo.

NOTA —que casi puede ser bibliográfica—: Una posición en la vida (prólogo de Raúl Roa), Humanismo, México, 1954, y Pensamiento y acción política de Rómulo Gallegos (prólogo de M.T. Bruni Celli), Caracas 1984, son dos compilaciones indispensables para el tema tratado.

La revelación literal del intelecto se convirtió en Gallegos en una acción sin esguinces (que era su potencia) pero sin ninguna capacidad negociadora (que terminó siendo su debilidad).

ción no podía ser otra la actitud, acostumbrados como estaban a la negociación como doblez y concesiva de principios fundamentales. "Había una lección que dar": la del casamiento indi-

vanguardia que se esforzaba en crear otra sociedad, no sólo por afecto al popular (populismo democrático) sino también como condición para el desarrollo de sus propias virtudes e intereses intelectuales (conciencia modernista de arraigo social). En tal sentido, el ejercicio intelectual era, inevitablemente, un acto político, una inmersión más o menos radical y crítica en la realidad. En una sociedad como la venezolana de hoy, el intelectual puede ejercer con mayor diferenciación su papel, puede mantener distancias políticas, le es posible el simple rol de esteta o analista o, a lo sumo, investigador científico (véase, si no, la obra que hoy produce nuestra intelectualidad, sin ignorar excepciones). Esto no le fue dado a Gallegos. Como intelectual aspiraba a un orden, tan poderoso en su justicia y capacidad para la convi-



Se salvó del utopismo tratando de darle a la fuerza esquemática de sus ideas un lugar: Venezuela tal y como era, un partido con energía civilizadora, una presidencia que domeñase y conciliase, una voz enseñando una dignidad ordenada e inflexible.